

TIEMPO Y SER DE LA NACIÓN-ESTADO. REFLEXIONES METAFÍSICAS SOBRE *LA CRISIS PERMANENTE*

Carlos Masías Vergara
Universidad de Piura
carlos.masias@udep.edu.pe

Una de las claves interpretativas del pensamiento de Víctor Andrés Belaunde, a la que menos atención se le ha prestado, es aquella que ve sus planteamientos como propuestas que enraízan en una visión metafísica del mundo.¹ La metafísica no es una ensoñación con la que el intelectual, en el otoño de su vida, remata su edificio conceptual; sino más bien, la piedra angular del sistema, a partir de la cual todas las categorías y todos los juicios adquieren su auténtico sentido. Por esto, si no nos aclaramos la metafísica de un autor, corremos el riesgo de realizar una lectura inexacta

¹ Recuérdese que el mismo Belaunde reprochaba a Mariátegui el que se “piensa siempre a través de una metafísica”, y que por lo tanto era mejor “tenerla clara y audaz que subyacente y vergonzante” (1987a, p. 21).

de su pensamiento.² Pues como el mismo Belaunde (2004) señala: “En el fondo el hombre es un animal metafísico y busca siempre los principios para inspirar efectivamente su conducta o para racionalizar los impulsos del instinto, del resentimiento o del interés” (p. 220).

No pretendo desarrollar una exposición completa de lo que podría ser la metafísica belaundiana, sino únicamente destacar algunas de esas nociones y perspectivas metafísicas que se encuentran en *La crisis presente* (2014), y a partir de estos releer la obra intentando develar el sentido de la crisis que denunciaba Belaunde. Por eso, lo primero que realizaré será un análisis de los dos momentos de redacción de la obra, contextualizándolos con la evolución intelectual de Belaunde; para terminar proponiendo lo que me parece es el modo de lectura más fructífero. En un segundo momento, aclarado el modo de leer la crisis, procederé a resaltar las claves metafísicas que se encuentran en la obra.

1914-1939

Considero que lo primero que debemos aclarar de *la crisis presente*, es el título mismo de la obra; y lo enigmático de todo el título, por lo menos del título de la edición definitiva de 1940, es el guion. *La crisis presente 1914-1939*. Pero ¿qué sentido tiene ese “-”? Sabemos que, en sentido general, la función del guion es unir; por lo cual, nuestra pregunta intenta indagar qué unión intentó establecer Belaunde entre 1914 y 1939. Conocemos una respuesta a esta interrogante dada por el mismo Belaunde (2014), en el prefacio de ese documento:

Recorriendo estas páginas el lector verá si están o no desprovistas de actualidad y si la crisis presente de 1914 merecería, en trágica continuidad, el mismo adjetivo en 1939.

Con el objeto de que el lector pueda derivar un juicio fundado, hago al final de mi trabajo un estudio de la vida política y económica del Perú desde 1914 hasta 1939, presentando descarnadamente los hechos que se han realizado en estos cinco lustros [...]. Estos hechos son principalmente estadísticos (p. 123).

² En un trabajo anterior (Masías, 2011) intenté una exposición ordenada de lo que considero que es lo esencial de la visión metafísica de Belaunde.

Sin embargo, esta aclaración no explica toda la ampliación de la obra. Solamente da razón de la segunda parte, añadida en 1939, que precisamente se titula “La evolución del Perú de 1914 a 1939”; pero no explica la tercera parte en la que Belaunde expone una nueva concepción del estado, que no es otra cosa que su lectura de lo que es una nación-estado, y aquí aparece nuevamente un guion.

La crisis en 1939

Como se sabe, la primera parte del libro recoge el texto de la lección inaugural que Belaunde dió en la Universidad de San Marcos en 1914. La crisis de la que trata Belaunde tiene un triple aspecto: económica, política y moral; pues como señala ya al inicio, al indicar el criterio a partir del cual desarrollará su análisis:

Esta crisis económica, es política y moral al mismo tiempo, quedando confirmada una vez más la verdad de que todo fenómeno económico encierra un fenómeno político y que todo fenómeno político envuelve una cuestión moral.

La política, el fenómeno sintético y humano por excelencia, agita el polvo mísero de las cosas; pero necesita recibir la irradiación del ideal. La política –y parece que esta verdad hubiera sido desconocida entre nosotros– no es ni puede ser otra cosa, que el arte de adaptar la realidad económica al más alto ideal moral posible (Belaunde, 2014, pp. 130-131).

Las manifestaciones económicas más notorias de la crisis las sitúa Belaunde en un incremento del gasto burocrático que había llevado al país a un progresivo endeudamiento. En lo político, la crisis se manifestaba en la instauración de un régimen personalista que, a falta de una fuerza de resistencia tanto en el parlamento como en el mismo poder ejecutivo, había convertido al presidente en “un virrey sin monarca, sin Consejo de Indias, sin oídos y sin juicio de residencia” (Belaunde 2014, p. 137). Esta doble manifestación, según Belaunde (2014), tenía su raíz en otras crisis: “la crisis política del parlamento, la crisis económica de la clase media y la crisis moral de la clase dirigente” (p. 140).

La crisis del parlamento estaba dada por la incapacidad de este para ser una genuina fuerza de oposición que, aunque no mayoritaria, pudiera tener el peso suficiente para inclinar a las fuerzas de gobierno a escuchar a las minorías. El parlamento dejó así de ser un lugar de debate para

convertirse en un vehículo del autoritarismo presidencial, con graves consecuencias políticas: “Este hecho ha dado al Congreso una fisonomía desagradable, pintándolo como institución dócil a las insinuaciones del poder, pero reacia a los dictados de la opinión” (Belaunde 2014, p. 144). Belaunde procede a rastrear en la historia política del Perú las causas de esta crisis parlamentaria, y las encuentra en el mal planteamiento de las políticas del sufragio. A través del análisis de las distintas constituciones, va mostrando cómo las elecciones –más allá de las buenas intenciones de los legisladores– terminaron siendo una ficción que no llevaba al parlamento las verdaderas opiniones de los distintos sectores del país, sino los intereses personales de los gamonales, quienes hicieron de los indios instrumentos y máquinas de sufragio y que no dudaron, al final, en someterse al poder ejecutivo para mantener sus cuotas de poder.

La crisis de la clase media consistía en su incapacidad para convertirse en una fuerza económica independiente, y por lo mismo, una fuerza política independiente. La clase media carecía de una cultura de trabajo industrial, lo que la llevó a burocratizarse en las profesiones liberales. Al igual que en la colonia, la clase media pecó de intelectualismo decorativo; pues la educación no llevó a los jóvenes por el camino del trabajo libre y del desarrollo económico, sino que los condujo –a través de las profesiones liberales– a los campos de la política y de la burocracia.

La crisis de la clase dirigente fue su incapacidad para actuar de acuerdo con un ideal. “Hemos vivido en el constante desdén de los valores morales. Nuestra vida ha carecido del sentido ético y estético, primando sólo en el sentido económico” (Belaunde, 2014, p. 175). Duras son las palabras que Belaunde cita tanto de Tarde como de Bryce, para delinear la inmoralidad de la clase dirigente. Una inmoralidad que –en 1914– Belaunde ubica enraizada en el mismo proceso de conquista: fuimos conquistados no por los *pioneers* puritanos, espíritus altamente religiosos y poseedores de un fuerte sentido moral y una ética del trabajo, sino por aventureros sedientos de oro y placer. Y aunque en una nota posterior –añadida en 1940– Belaunde (2014) rectificó ese juicio sobre el origen de nuestra inmoralidad, su posición sobre la situación de crisis moral no varió. ¿Cuál era el remedio a esta crisis moral? Pues la introducción de una nueva orientación espiritual: “Trabajo y moralidad, sentimiento de la acción, filosofía pragmática, tal debe ser nuestra orientación” (p. 176).

La otra crisis

Esto es, en resumen imperfecto, lo que Belaunde expuso ese 13 de abril de 1914. Constituye el discurso ante todo una analítica de la situación del momento, en la que se atiende de modo riguroso a los hechos y los interpreta en un sentido profundamente práctico. Belaunde indaga en la historia no en busca de causas últimas de la explicación de la crisis, sino que quiere dar con el meollo de esta, lo que le permite proponer soluciones viables. Por eso se entiende que la reforma espiritual sea sobre todo pragmática: la acción, la transformación de la realidad.

Con la evolución tanto intelectual como espiritual de Belaunde, la racionalidad pragmática cedería el lugar a una racionalidad de la trascendencia. Esta nueva racionalidad debe ser una racionalidad integral, constructiva: “que abarque lo subjetivo y lo objetivo, la vida interior y la vida social, que concilie la necesidad de algo permanente y eterno y los cambios y mejoras inevitables; filosofía que nos dé, junto con la metafísica más alta, la estética más libre, la política más realista, la economía más humana” (1987a, p. 176). Por eso, sin negar la imperiosa necesidad de los datos empíricos para el conocimiento de la realidad, estos resultan insuficientes si no son iluminados con una visión metafísica.

Volvamos a la pregunta inicial. ¿Qué sentido tiene el guion? Lo que Belaunde busca no es solamente ver si la crisis de 1914 permanece en 1939, sino poner los hechos de 1914 (y también los de 1939) bajo la óptica de su nueva metafísica. Con esto, subsume la crisis nacional dentro de la crisis de la cultura de Occidente que es entendida como desintegración de la síntesis (Belaunde, 1993, pp. 45-57).

La temporalidad de las síntesis

La síntesis viviente ha sido entendida por lo general como una teoría de la cultura; sin embargo, el mismo Belaunde la utiliza no solo para explicar la cultura sino también la personalidad individual y colectiva; por ello, se puede sostener que la síntesis es, para Belaunde (1944), la estructura metafísica del mundo:

La síntesis viviente no es la simple unión o composición de diversos elementos, sino importa la asunción o transformación de unos por otros, dando lugar a un compuesto de fisonomía o

personalidad determinada, sin eliminar las esencias características de los componentes (pp. 208-209).

En su dimensión óptica, la síntesis estructura tres niveles jerárquicos de realidad: la materia, la vida y el espíritu. La materia es el ámbito de lo cuantitativo cuyo dinamismo causal se desarrolla en círculos evolutivos. La vida –a diferencia de la materia– es un impulso cualitativo de afirmación y lucha espontánea, es el *elán* creador. El espíritu es libertad y moralidad, orientación hacia un ideal (Belaunde, 1936, p. 193), y que constituye no solo a la persona humana individual, sino a personas sociales como la familia, la comuna, el gremio y la nación.

Tiempo

Belaunde explica que estos tres niveles de realidad: materia, vida y espíritu, se vinculan con tres modos distintos de articular el tiempo. El tiempo propio de la materia es el tiempo mecánico, “en el que predominan factores del presente” (Belaunde 2014, p. 262); es el tiempo del instante, de lo que hay sin pasado ni futuro; pues los mecanismos se entienden en la realización de su función y no se necesita considerar el pasado o el futuro. La vida, a diferencia de la materia, tiene una temporalidad en la que se aúnan el pasado –en tanto que herencia biológica– con el presente. La realidad espiritual, la persona –tanto la individual como la social– existe también en el tiempo; pero la persona no es solamente un ser temporal que vive compelido por el devenir, sino que es un ser en el tiempo. Su existencia es un cierto apropiarse del tiempo, poseerlo remitiéndolo a su propio ser. El espíritu humano asume el pasado, y deja de ser solo lo sido, para convertirse en la historia, en la tradición que dota de sentido la existencia humana. De igual manera el espíritu asume el futuro, que deja de ser el puro porvenir y se convierte en algo por hacer. No solo en una posibilidad, sino en un proyecto que se sustenta en un futuro que no desfuturiza: los ideales. Es decir:

El ser humano no puede vivir de manera exclusiva bajo el signo del presente, ni bajo el signo del pasado y mira al porvenir. El espíritu humano percibe la realidad actual a través de la experiencia histórica y bajo la inspiración de normas, fines, orientaciones o ideales. Suprimir esta síntesis de intereses y necesidades actuales, recuerdos y experiencias del pasado, y deberes o fines respecto del futuro, es colocar al hombre fuera del tiempo que le es propio, es deshumanizarlo (Belaunde, 2014, p. 262).

Las realidades personales como la familia, los gremios o la nación deben también vivirse como realidades que articulan el tiempo; y no vivirse desde temporalidades propias de niveles inferiores de existencia. No se puede sujetar la existencia de la familia, por ejemplo, al instante afectivo que aniquila su dimensión de proyecto ético y la ata a los caprichos de una voluntad subjetiva. Sin embargo, esto es lo que ha hecho la modernidad con la vida del espíritu, al confundir lo espiritual con lo vital.³ “El mundo moderno vive [...] bajo un signo vital. La rebeldía de la razón es vitalismo; lo es también la rebeldía del sentimiento que se refleja en el Romanticismo. El absolutismo es una forma de vitalismo cuando extrema la voluntad de poder. Y el capitalismo no es sino la exaltación vital aplicada a la economía” (Belaunde, 1936, p. 192).

El ser de la nación-estado

Es desde esta visión de la realidad como Belaunde, al evaluar su propuesta de 1914, afirma haber cometido el error de confundir al electorado –que es una realidad subjetiva, individualista y presentista– con la nación, que es una comunidad espiritual.

El pueblo como entidad espiritual no puede confundirse con el electorado; la Nación no es un hacinamiento de átomos inconexos de soberanía que sólo convergen en los instantes del sufragio para formar una abstracta voluntad colectiva absurdamente dependiente de combinaciones numéricas en los escrutinios y en el parlamento (Belaunde, 2014, p. 241).

La crisis en 1914 era principalmente parlamentaria; para 1939, es cultural y espiritual (la desintegración de la síntesis de la nación que lleva a la absolutización del Estado). En este momento el pensamiento de Belaunde ha dejado atrás ya su inicial positivismo, y a través del vitalismo y el pragmatismo, se ha ido aproximando al personalismo que desarrollaban los pensadores del renacimiento católico francés: Maritain, Mounier, Marcel, entre otros. Es muy probable que, por influjo de esta

³ “La época presente está caracterizada por esta falsa orientación vitalista, por este nuevo sentido dionisiaco o fáustico de la existencia que se decora irónicamente, con las nobles palabras del idealismo o espiritualismo. Vivimos en tiempos de confusión y de ilusión. Vida y espíritu aparecen como valores equivalentes. Sirviendo a simples corrientes vitales, creemos acercarnos y aun estar en el reinado del espíritu” (Belaunde, 1951, pp. 88-89).

filosofía cristiana, el diagnóstico de Belaunde coincide con las ideas de personalistas como Mounier (1968) quien sostenía que “la soberanía popular no puede fundarse en la autoridad del número; el número (o la mayoría), es tan arbitrario como la real gana de uno solo. Pero tampoco es posible rebajarla, como bien lo vio Rousseau, a una soberanía anárquica de libertades individuales” (p. 63).

Por ello, al igual que los personalistas,⁴ Belaunde piensa que, eliminado el carácter espiritual de la comunidad, el Estado subsume al individuo.⁵ El Estado debe entenderse por lo tanto dentro de algo mucho más grande: que es la comunidad espiritual. Entendido así, la nación-estado estaría conformada por tres elementos que se coimplican: en primer lugar, la persona humana cuya existencia, en tanto que distinta de la del individuo, implica la existencia de instituciones a través de las cuales la persona despliega su condición social: la familia, las corporaciones, las iglesias... y el orden ético-jurídico propio de su condición espiritual. El análisis que Belaunde hace de la ley del divorcio en *Peruanidad*, se mueve dentro de estas coordenadas de política personalista:

Desde el punto de vista social, se ha hecho ver sus fatales consecuencias [del divorcio]: la familia se desintegra, los divorcios se multiplican en progresión acelerada, el hogar como unidad moral, y hasta como unidad de impulso o reserva de recursos económicos, va desapareciendo. La discontinuidad familiar se convertirá en una discontinuidad nacional, en una atomización presentista, en un exacerbado individualismo precursor

⁴ “El Estado, repitámoslo, no es la nación, ni siquiera una condición necesaria para que la nación alcance su ser auténtico. Solo los fascistas proclaman su identidad en provecho del Estado. El Estado es la objetivación fuerte y concentrada del derecho, que nace espontáneamente de la vida y de los grupos organizados (G. Gurvitch). Y el derecho es el garante institucional de la persona. El Estado es para el hombre, no el hombre para el Estado” (Mounier, 1968).

⁵ Un ejemplo claro de esto lo veía en Hegel (2000), para quien: “Si se confunde al Estado con la sociedad civil y se coloca a su determinación en la seguridad y la protección de la propiedad y de la libertad personales, entonces el interés de los individuos como tales es el fin último, para el cual están unidos, y se sigue de ello, asimismo, que es algo discrecional ser miembro del Estado. Pero el Estado tiene una relación completamente distinta con el individuo: siendo el Estado espíritu objetivo, el individuo mismo sólo tiene objetividad, verdad y eticidad en cuando él es un miembro del Estado” (p. 303). En otro lugar, Hegel será más enfático en afirmar para él una condición casi divina: “El Estado es voluntad divina como espíritu presente que se despliega en figura real y organización de un mundo” (Hegel, 2000, p. 318)

de la barbarie, aunque ésta se decore con el falso brillo de la modernidad y de la técnica (1987b, pp. 417-418).

Porello, reconocer el valor del ser humano, pero negando su condición social y la existencia de un orden ético-jurídico lleva al individualismo y al relativismo moral, en los que la voluntad individual y la ficción de la voluntad general juegan a ser dioses legisladores. Ignorada la persona y su condición social, el orden ético-jurídico decae en puro positivismo y a la larga en absolutismo estatal. Por lo tanto, “la causa principal del Estado moderno es la absoluta separación del organismo estatal de la comunidad espiritual. Por consiguiente, lo primero que hay que procurar es la integración de la estructura del Estado en la Nación como realidad espiritual” (Belaunde, 2014, p. 285).

La crisis permanente

La desintegración de la síntesis viviente arroja al ser humano a una existencia presentista, donde el instante parece ser lo realmente importante. Belaunde hablaba de una soberanía del instante, en la que la voluntad, desconectada de una comunidad espiritual, existía aritméticamente calculada solamente en el momento electoral. Hoy en día se corre el riesgo de poder pasar de una soberanía a una dictadura del instante, en la que las decisiones políticas se mueven al vaivén de las alzas y bajas de las encuestas. La política deja de ser una cuestión de prudencia, bien común y derecho, para convertirse en el difícil arte de contentar a una opinión pública siempre pasajera.

Las comunidades espirituales a las que hacía referencia Belaunde han sufrido también el embate de las ideologías presentes en el siglo XX. El emotivismo libertario (Bobadilla, 2014) redujo la comunidad nacional a una cuestión estética y gastronómica de “marca país”, sin poseer mayor trascendencia política y social. La familia ha sido arrojada al abismo del relativismo, producto de la equivocidad en la que ha caído el término, con el objetivo de satisfacer demandas caprichosas, dejándose de lado su función de célula ética de la sociedad. Las comunidades educativas se vieron a sí mismas como sociedades de lucro y consideraron a los estudiantes (y a sus padres) como clientes a los que debían satisfacer en sus demandas, dejando en segundo plano su función esencial como generadoras de conocimiento, y corresponsables de la formación de

personas-ciudadanos. Así es como el deterioro de las comunidades espirituales ha servido de pretexto para una sutil hipertrofia del estado en ámbitos que deberían ser competencia de las mismas comunidades.

Bibliografía

- Belaunde, V. A. (1936). *El Cristo de la fe y los cristos literarios*. Lima: Lumen.
- (1944). La síntesis viviente y la filosofía de la cultura. *Mercurio Peruano. Revista Mensual de Ciencias Sociales y Letras*, n. 208-209, 373-379.
- (1951). *Inquietud, serenidad, plenitud*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- (1987a). *Obras completas: La realidad nacional*. Lima: Lumen, vol. 3.
- (1987b). *Obras completas: Peruanidad*. Lima: Lumen, vol. 5.
- (1993). *Obras Completas: La síntesis viviente*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú - Instituto Riva Agüero, vol. 6.
- (2014). *La crisis presente 1914-1939* (7ª ed). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Bobadilla, F. (2014). “El emotivismo libertario y sus secuelas”. *Studium Veritatis*, n. 18, 127-150.
- Hegel, G. W. (2000). *Rasgos fundamentales de la filosofía del derecho o compendio de derecho natural y ciencia del Estado*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Masías, C. A. (2011). Víctor Andrés Belaunde y la metafísica de la síntesis viviente. *Mercurio Peruano. Revista de Humanidades*, n. 523, 89-103.
- Mounier, E. (1968). *El personalismo*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.